

## **El país equivocado (VII)**

### **El País del Cabito**

**Eduardo Casanova**

**A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. En este séptimo artículo, séptimo de una serie de trece, se habla de uno de los personajes más ridículos y dañinos de la historia de Venezuela: Cipriano Castro.**

Cipriano Castro tuvo una de las más perfectas oportunidades para entrar a la Historia con pie derecho. Llegó al poder en un momento estupendo y podría haber cambiado las estructuras y el rumbo del país. Consiguió, ante el abuso de las potencias imperialistas, el apoyo moral de todos los latinoamericanos. Pero todo lo echó por la borda para dedicarse al latrocinio, al desenfreno y al crimen. Es uno de los casos más lamentables de equivocación, o, si se quiere de aberración, que se ha conocido en el país equivocado.

Nació el 12 de octubre, día de la Raza, de 1858, en uno de los lugares más bellos del país, en las montañas que están entre San Cristóbal y Cúcuta, en un pueblecito dividido en dos, Capacho Viejo y Capacho Nuevo, que parece montado a caballo sobre una fila andina que las nubes y la brisa besan todos los días, todos los amaneceres, todos los atardeceres. Su padre era un agricultor acomodado de una región que tenía más relaciones con Colombia, especialmente con Cúcuta, que con Venezuela, y que no tuvo que sufrir tanto como el resto del país las consecuencias del paludismo y las guerras civiles en que el país quedó sumido después del crimen de Páez contra Bolívar. El joven Cipriano estudió en San Cristóbal y fue seminarista en Pamplona (como Stalin en Georgia, con la diferencia de que Stalin era hijo de un zapatero y una sirvienta y Castro de un mediano terrateniente y una señora de su casa), pero no se convirtió en cura sino en liberal influenciado por José María Vargas Vila, panfletario y cursi de su tiempo. De regreso al Táchira se emplea en una casa de comercio, y a los diez y ocho años ya tiene

una actividad política destacada en su medio local. A los diez y nueve participa en la toma de San Cristóbal por los autonomistas que rechazaban al general Francisco Alvarado como gobernador del Táchira. A los veintiséis fue preso a causa de un enfrentamiento personal con el párroco de Capacho, pero a los seis meses se fugó y se instaló en Cúcuta, donde se casó. Poco después regresaría a Táchira con una fuerza invasora, con lo que se inició su vida militar. Con menos de treinta años de edad, ya era General y tenía un nombre entre los suyos. Fue entonces cuando conoció al que sería su mayor compañero de aventura política: Juan Vicente Gómez. En 1888, cuando Carlos Rangel Garbiras fue nombrado Presidente del Gran Estado de los Andes, Castro, de veintinueve años, fue designado Gobernador del Táchira. Se acercó entonces a Raimundo Andueza Palacio y se hizo continuista, con lo que conoció la derrota, a pesar de sus victorias personales que lo llevan a pensar en marchar sobre Caracas. Entre 1892 y 1899 permaneció exilado en una hacienda cercana a Cúcuta, junto con Juan Vicente Gómez. Es el tiempo de la descomposición del liberalismo, debido a las equivocaciones de Joaquín Crespo, por una parte, y del *Mocho* Hernández, por la otra. En 1898 un alto conservador menciona su nombre entre los presidenciales. Y un año después, cuando Ignacio Andrade cambia la Constitución si esperar el próximo período, le propone a Rangel Garbiras que invadan Venezuela y Rangel no lo acepta, por lo que él, Castro, decide hacerlo por su cuenta. Empezó así una de las aventuras más disparatadas y locas que haya conocido la historia, y que le resultó bien por las equivocaciones ajenas. El gobierno de Ignacio Andrade, el sistema de corrupción que representaba, no tuvo prácticamente un alma que lo defendiera, y la "Revolución Restauradora" concluyó en un triunfo total el 22 de octubre de 1899, luego de que los negociadores del gobierno se pasaron al enemigo en Valencia. Convertido en Presidente, Castro debió enfrentar una llamada "Revolución Libertadora", encabezada por Manuel Antonio Matos, que fue de victoria en victoria hasta la derrota final. Tras ella estaban los Estados Unidos y las potencias imperialistas del momento. Fracasada la intentona por mampuesto, se

quitaron la máscara y bloquearon el país, por lo que el Cabito Castro, en su mejor momento, lanzó una proclama en la que decía *la planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria*. Llegó a tener un apoyo nacional e internacional como nadie lo ha tenido, pero lo arruinó todo con la corrupción y los abusos de poder. Una vida irregular minó su salud, se equivocó al tratar a Gómez, que había tenido muchos éxitos en el campo militar y era buscado por muchos como solución, y que aprovechó un viaje de su compadre, así como el eco del asesinato del general Antonio Paredes, para quitarlo del poder, con el claro apoyo de los Estados Unidos, que defendían a futuro los intereses petroleros de sus capitalistas, enfrentados a Castro. Humillado por los Estados Unidos y las otras potencias, el Cabito murió, luego de experimentar la maldad de los norteamericanos, que lo buscaron en 1917 para tumbar a Gómez por su neutralidad en la Gran Guerra. El 5 de diciembre de 1924, una semana antes de cumplir los sesenta y seis años, terminaron siempre sus equivocaciones. Las de Gómez ya habían empezado.

En nuestro próximo encuentro veremos las equivocaciones de Juan Vicente Gómez, que si bien integró el país, le hizo daños irreparables que aún sufrimos.